

TEMA 6: LAS PROVINCIAS GRIEGAS (GRECIA Y ASIA MENOR)

Fuentes

Contamos con un repertorio muy completo de fuentes para estas provincias: inscripciones, monedas, textos clásicos, epigrafía, vestigios y excavaciones arqueológicas, que nos permiten aproximarnos bastante bien a la romanización de estos territorios. La documentación literaria es especialmente importante. A las detalladas descripciones de Plinio el Viejo, Estrabón o Pausanias se unen textos literarios de un valor excepcional, como los discursos de Dión de Prusia y Elio Arístides, o los relatos de Filóstrato (*Vidas de los filósofos*) o de Luciano de Samosata. Igualmente de sumo interés son las obras de Plutarco, las cartas de Plinio el Joven, o la obra de Dión Casio, cuya *Historia de Roma* (desde la llegada de Eneas a Italia hasta el 229), demuestra hasta qué punto era posible vincular el legado cultural griego con el criterio político de Roma. Entre los textos cristianos destacan *Los Hechos de los Apóstoles* o, sobre todo, las *Cartas* de San Pablo para la primera fase de difusión. Después la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea que nos expone una exhaustiva crónica de los mártires cristianos de la persecución de Diocleciano. Y, desde luego, para los avatares de la Iglesia tras Constantino las actas de los importantes concilios que a lo largo del siglo IV se celebraron en toda la zona.

El mundo de las inscripciones es especialmente importante en Grecia y Asia Menor. Contamos con una vasta colección epigráfica de época romana, heredera de la destacada producción de época clásica y helenística. La vida de las ciudades griegas se puede seguir, en sus hitos más importantes, de forma singular. En algunos casos, incluso, destacan piezas excepcionales, de trascendencia general. Es el caso del denominado *Monumentum Ancyranum*, reproducción bilingüe (griego y latín) del testamento de Augusto en la ciudad de *Ancyra* (Ankara) que nos ha permitido conservarlo. La arqueología es igualmente excepcional. La labor constructiva romana fue muy intensa, dejando restos destacados en muchas ciudades tanto de Grecia como de Asia Menor. Del mismo modo podemos hablar de las piezas conservadas escultura, pintura, orfebrería, cerámica, etc.

El marco geográfico

Bajo la denominación de provincias griegas agrupamos los territorios provinciales romanos que contaban con una base cultural que, con mayor o menor intensidad, era de origen helénico. Por consiguiente, en primer lugar figuran Grecia y Macedonia, que formaban el centro de este espacio cultural. Junto a ellas existía una importante periferia helenizada que compartía buena parte de las características de la Grecia continental, y que se localizaba en las provincias romanas del Asia Menor (Asia, Bitinia-Ponto, Galacia, Capadocia, Cilicia y Chipre).

A grandes rasgos la Grecia continental se dividía en tres espacios: La Grecia septentrional, que comprendía Macedonia, Calcídica, Tracia, Tesalia, Etolia, Acarnania y épico; la Grecia central, con los territorios de Fócida, Beocia y Ática; y la Grecia meridional, circunscrita a la Península del Peloponeso, con las regiones de Acaya, Arcadia, Argólida, Élida, Laconia y Mesenia. A todo ello hay que añadir la Grecia

insular, con las islas situadas en el Mar Jónico (Corfú, Leuda, Itaca, Cefalonia y Zante) y en el Egeo (con la gran isla de Eubea, las Cícladas, las Espóradas y el Dodecaneso).

Geográficamente, *grosso modo*, el Asia Menor tiene tres partes: la zona occidental y costera, que mira al Egeo, la zona central de las grandes mesetas, y la parte montañosa del este. La primera englobaba las regiones de Jonia, Misia, Tróade, Propóntida, Lidia, Caria y Frigia. El litoral meridional de Asia Menor está ocupado por Licia, Panfilia, Pisidia y Cilicia. En el corazón de Anatolia está la Gran Frigia y la Galacia. En el litoral del Mar Negro tenemos Bitinia, Paflagonia y el Ponto. La gran meseta que constituye Capadocia, al este, finaliza en la cordillera del Tauro, en la zona de Comagene. Al norte se encuentra Armenia.

Evolución histórica del territorio

La presencia romana en Grecia arranca del acuerdo entre Filipo V y Antíoco III para repartirse las posesiones egipcias en Asia y el Egeo (202 a. C.). Ante la ofensiva macedónica, que en ese momento atacaba Atenas, Rodas y Pérgamo pidieron ayuda a Roma, que mandó un ultimátum exigiendo la retirada. Roma se presentó como defensora de los griegos y de las posesiones egipcias. Además, consiguió la neutralidad de Antíoco. Filipo hizo caso omiso y estalló la guerra. Macedonia no contaba con ningún aliado, pues la Liga Aquea prefirió mantenerse al margen, mientras los romanos contaban con la Liga Etolia, Rodas, Pérgamo, Egipto y la neutralidad de Antíoco. Roma, a través de su general en la campaña, el procónsul Flaminio, adoptó una postura panhelénica. En el 197a.C. en Cinoscéfalos (Tesalia) la falange macedónica fue derrotada. Macedonia tenía por la paz de Tempe que evacuar toda Grecia y pagar una fuerte indemnización de guerra.

Terminada la campaña, Flaminio proclamó la libertad de los griegos. Pero la independencia de las *poleis* planteaba la solución del problema de Esparta. Ésta ocupaba Argos, que la Liga Aquea consideraba propia. En el congreso panhelénico de Corinto se votó la guerra contra los espartanos y su rey Nabis. Flaminio se vio obligado a intervenir militarmente (195 a.C.). Una vez restituido momentáneamente el equilibrio político, Roma abandonó al año siguiente Grecia, menos las islas de Cefalonia y Zacinto.

Esta retirada fue el prelude de otra intervención. Antíoco abrigaba el viejo sueño de restaurar el imperio de Alejandro. La retirada de Macedonia del Asia Menor le impelió a emprender acciones en una zona donde Roma tenía intereses (Rodas y Pérgamo). Antíoco, se apoderó de un buen número de plazas costeras macedonias y ptolemaicas. Una embajada romana exigió al rey respetar la libertad de las ciudades griegas de Asia Menor. La respuesta real fue cruzar a la orilla europea del Egeo y fortificarse en Tracia. La Liga Etolia, defraudada por la intervención romana que había beneficiado a la Liga Aquea, su enemiga natural, propuso a Antíoco una alianza para acabar con la influencia romana. Éste se apresuró a desembarcar en Grecia, donde encontró un escaso eco de la pretendida coalición, que consiguió pocas adhesiones frente al poderoso bloque de estados neutrales o aliados de los romanos, incluida Macedonia. En el 191 a.C. un ejército consular venció a Antíoco en las Termópilas, obligándole a abandonar Europa.

La facción más agresiva del Senado, acaudillada por Publio Cornelio Escipión el Africano, pretendía una victoria definitiva contra Antíoco y exigía llevar la guerra a

Asia. El 189a.C., en Magnesia, Antíoco fue vencido. La paz de Apamea firmada al año siguiente significó la desaparición del reino sirio como potencia mediterránea: Antíoco evacuaba todas sus posesiones en Asia Menor hasta el Tauro, renunciaba a su marina de guerra mediterránea y, por tanto, a su política exterior, debiendo satisfacer una fuerte reparación (15 000 talentos).

Roma repartió sus posesiones sin llevar a cabo ninguna provincialización: la zona al norte del río Meandro quedó para Pérgamo (Eumenes I), extraordinariamente engrandecida; al sur (Licia y Caria) pasaban a Rodas; la Liga Etolia perdía Delfos y las islas del Mar Jónico. Sólo Zefalonia y Zacinto, pasaban a Roma. Tras Apamea el ámbito griego aparecía multiplicado de estados, o sea, disminuido y a través de Pérgamo y Rodas, Roma extendía su influencia hasta Asia.

El paso final llegó con la guerra contra Macedonia, a la que Roma aniquiló en Pidna (168 a.C.). Macedonia fue dividida en cuatro cantones independientes, con prohibición expresa de relacionarse entre sí. En Iliria se abolió la monarquía y el territorio fue seccionado en tres repúblicas independientes. El Épiro fue destruido a sangre y fuego y 150.000 epirotas vendidos como esclavos. Se favoreció las depuraciones de elementos antirromanos en las ligas Etolia y Aquea. A Rodas se le privó de sus territorios continentales y se le debilitó económicamente al declarar Delos puerto franco. Pérgamo fue advertida de sus veleidades expansionistas sobre los gálatas. El Imperio Seleúcida (Antíoco IV), que había invadido Egipto, fue obligado a retirarse inmediatamente. La hegemonía romana era, pese a la falta de anexiones, absoluta.

Pero la provincialización estaba próxima. Cuando Macedonia se sublevó siguiendo a un supuesto hijo de Perseo, Andrisko, en el 148 a.C., Roma, tras someterla, la declaró provincia romana. Además determinó la disolución de la Liga Aquea. El rechazo de la decisión provocó la guerra con ésta última. La acción romana fue brutal. Corinto fue totalmente destruida (146 a.C.) por el cónsul Mummio y el territorio de la Liga puesto bajo un gobernador romano. Grecia quedaba así también sometida y dependiendo parcialmente del gobernador de Macedonia.

En Oriente, eliminada Macedonia, debilitado Egipto y reducida Siria a un papel secundario, sólo el reino de Pérgamo mantenía cierto esplendor. En el año 133 a.C. moría su rey Atalo III. En su testamento dejaba como heredero de su reino al pueblo romano. Un hijo bastardo del rey, Aristónico, no aceptó la decisión y sublevó a una parte de la población reclamando la independencia frente a la hegemonía romana. El movimiento se extendió por todo el interior de Asia Menor tomando un carácter de revuelta social contra las clases poseedoras y contra el poder romano que las protegía. En el año 130 a.C., Roma consiguió aplastar la rebelión y una comisión senatorial organizó la nueva provincia de Asia.

Aprovechando la guerra de los aliados, Mitrídates VI, rey del Ponto, había invadido Asia Menor. El monarca había diseñado una política exterior para engrandecer su reino, tanto hacia el norte (Mar Negro), como hacia el oeste (Anatolia). En el 88 a.C. había llevado a cabo una matanza de itálicos en sus dominios. Roma decidió intervenir. La dirección de la campaña se reveló un tema crucial. Sila, cónsul ese año, y perteneciente a la *nobilitas*, fue el escogido. Cuando Sila llegó a Oriente, Mitrídates se había adueñado de Asia Menor, incluida la provincia de Asia, y había ocupado las islas del Egeo y Grecia continental -se había atraído la población griega a excepción de Rodas-; Atenas, cuyos ciudadanos fueron levantados contra Roma por un demagogo (Aristión),

fue la base desde donde el rey del Ponto extendió su influencia sobre los griegos. Sila desembarcó en el Epiro y atacó directamente Atenas, que ocupó en el 86 a.C., apoderándose de Grecia. Poco después Sila forzó a Mitrídates a una capitulación. Por la paz de Dárdanos (85 a. C.) el rey conservaba su trono, pero volviendo al *statu quo* de preguerra, teniendo que pagar una indemnización (500 talentos), a la vez que devolvía los prisioneros y entregaba parte de su flota.

En el 82 a.C. habían surgido los primeros roces entre Mitrídates y Roma a propósito de Capadocia, aunque pronto se restableció la paz. Pero fue corta pues, en el 74 a.C., Nicomedes IV de Bitinia dejó su reino a Roma. Mitrídates no podía tolerarlo y ocupó el país. Roma reaccionó con firmeza, encargando la dirección de la guerra (74-64 a.C.) a los gobernadores de Bitinia y de Asia que rechazaron a Mitrídates más allá del Ponto, refugiándose éste en Armenia (Tigranes era su yerno). Sin embargo, el ejército romano atrapado por el terreno y el clima hubo de abandonar sus conquistas.

Poco después (66 a.C.) el tribuno Manilio presentaba una proposición de ley (*rogatio Manilia*) por la que a Pompeyo se le prorrogaría los poderes de la *lex Gabinia* indeterminadamente, así como se le otorgaba el gobierno del Ponto-Bitinia y Cilicia, con plenos poderes para dirigir la guerra contra Mitrídates. Era una concentración de poderes insólita. Pompeyo organizó la campaña al modo alejandrino en compañía de geógrafos y botánicos. La conquista de Pompeyo fue modélica. Evitó la ayuda a Mitrídates de Armenia con un acuerdo con el rey de Partia, Fraates III, que debía atacar a Tigranes. El avance de Pompeyo obligó a Mitrídates a huir de su reino hasta la Cólquida (Georgia). Pompeyo atacó a Armenia y Tigranes para conservar el trono no tuvo más remedio que someterse. Fue confirmado como amigo y cliente del pueblo romano, pero debía abandonar Siria y Fenicia. Pompeyo avanzó hacia la Cólquida, de la que había huido Mitrídates y después sus lugartenientes ocupaban Siria y Fenicia. En el 63 a.C. creaba la provincia de Siria. Su avance llegó hasta el reino de Judea. Jerusalén fue conquistada, y el reino fue declarado estado tributario de Roma y la monarquía abolida, declarando a Hircano, Sumo Pontífice, etnarca de los judíos. Mientras Mitrídates había muerto en Crimea.

La ordenación que realizó Pompeyo en Oriente, se hizo bajo la combinación de la hegemonía indirecta sobre estados clientes y el control directo mediante algunas provincias. Los territorios clientes quedaban en el interior: Cólquida (Aristarco), Capadocia (Ariobarzanes), Comagena (Antíoco), Armenia (Tigranes), Judea (Hircano), que servirían de amortiguadores ante el Imperio Parto. La mayor parte del reino del Ponto fue unido a Bitinia en una sola provincia, que se sumó a las dos existentes de Asia y Cilicia. Esta reorganización administrativa fue completada con una revitalización de la vida municipal en las provincias romanas, con el otorgamiento de privilegios políticos y fiscales a las viejas ciudades griegas y helenísticas del Oriente y con la creación de más de tres docenas de nuevos centros urbanos en Anatolia y Siria, cuyos nombres (Pompeiópolis, Magnópolis, Megalópolis), hacían referencia a la gloria de Pompeyo.

Un nuevo paso se produjo cuando estalló la guerra entre César y Pompeyo. Después de derrotar a los pompeyanos en Farsalia (Tesalia) (48 a.C.) tuvo que hacer una campaña relámpago contra Farnaces, rey del Ponto, que había intentado reconstruir el estado de su padre Mitrídates. Farnaces fue derrotado en Zela (47 a.C.).

Hasta los tiempos de César, Grecia no fue provincializada pues, teóricamente, desde Flaminio eran ciudades libres, vinculadas individualmente con Roma. Pero, en la práctica, el gobernador de Macedonia era quien supervisaba estas relaciones. Esta última provincia existía desde el siglo II a.C., con capital en Tesalónica. Las ciudades griegas del Asia Menor, incorporadas desde el 133 a.C. a la provincia romana de Asia, tenían por capital a Éfeso. La situación de Grecia cambió a partir de la época cesariana, cuando el dictador la convirtió en una provincia independiente con el nombre de *Acaia* (Acaya) y situó su capital en Corinto. En realidad hasta el 27 a.C. no se separó formalmente de Macedonia. Con el tiempo, bajo Vespasiano o Domiciano, se desgajó de Acaya la región del Épiro y parte de la fachada marítima del Mar Jonio, creando una nueva provincia.

La anexión romana de la península de Anatolia arranca de la época republicana. Tras la provincialización de *Asia*, en el 102 a.C. se creó la provincia de *Cilicia* con capital en *Tarsus*. En el 74 a.C., cuando Nicomedes IV cedió su reino a Roma ésta lo provincializó bajo el nombre de *Bitinia*, con sede en *Nicomedia*. Poco después (63 a.C.) Pompeyo destruyó el reino del Ponto, que el 30 a.C. quedó unido a Bitinia, formando la provincia romana de *Ponto-Bitinia*. Esta última y *Asia* se adjudicaron al senado, pero mientras la primera tuvo como gobernador a un propretor, la segunda correspondió a un procónsul. Las anexiones continuaron en tiempos imperiales. En el 25 a.C., tras la muerte del rey Amintas de *Galatia*, Roma se anexionó su reino, que pasó a ser gobernado por un legado imperial con residencia en *Ancyra*. En el 17 d.C. se incorporó el reino de Arquelao de *Cappadocia*, que pasó a ser una provincia gobernada por un procurador instalado en *Caesarea*. En el 43 d.C. se creó la demarcación provincial de *Licia-Panfília*, con capital en *Myra*.

Además de las circunscripciones provinciales, por debajo de las mismas, Roma introdujo o reconoció en Asia Menor otras demarcaciones que le permitieron estrechar más el control interno. Sabemos que la provincia de Asia estaba dividida en *conventus* para la administración de justicia, aunque también tuvieron cometidos en el culto imperial. Por otra parte, en algunas provincias existían circunscripciones llamadas *koinón* que agrupaban los entes territoriales indígenas. La organización en *koina* se conoce en toda Anatolia con fines idénticos a los *conventus*. El gobierno imperial procuró, a través de sus gobernadores incentivar un proceso de integración y desarrollo que, en general, dio buenos resultados.

Hasta mediados del siglo III d.C. Grecia y Asia Menor vivieron en paz. Las cosas cambiaron durante los reinados de Valeriano y Galieno (253-268 d.C.). Hacia el 253 d.C. los godos efectuaron una incursión por la costa septentrional del Asia Menor, llegando por el sur hasta Éfeso, mientras que otro grupo cruzaba Tracia y atacaba Tesalónica, cuyos habitantes opusieron una resistencia enérgica y finalmente victoriosa. El ataque desencadenó el pánico en toda Grecia: los peloponesios fortificaron el istmo de Corinto y los atenienses repararon sus murallas por primera vez desde el 86 a.C. En el 267 d.C. la tribu de los hérulos partió de Crimea con quinientos barcos y tras apoderarse de Bizancio, atravesó el estrecho, y saqueó las islas de Lemnos y Esciros, incendiando Atenas, Corinto, Esparta, Argos y todo el Peloponeso. Finalmente pudieron ser expulsados.

Evolución económica

Todos los autores antiguos coinciden en considerar que la situación económica griega en tiempos romanos era ruinosa. Hay una constante mención a ciudades desaparecidas o decadentes y poblaciones diezmadas. Las causas pudieron ser muy diversas. Una muy importante fue la guerra. Grecia se vio afectada de manera profunda y continuada por conflictos desde principios del s. II hasta finales del s. I a.C. Parece claro que hubo una enorme despoblación en el campo y la ciudad que los autores antiguos incansablemente recuerdan (Dión, Estrabón, Plutarco). Y, a todo esto, habría que añadir el incremento de la gran propiedad y la concentración de la riqueza en pocas manos, que no fue acompañada de una explotación agrícola rentable. Entre los grandes propietarios había griegos, pero también romanos que habían adquirido tierras o disfrutaban de concesiones personales. Sin embargo, no están constatados demasiados dominios imperiales, aunque las minas eran propiedad del estado y administradas mediante procuradores. Destacaban las de mármol de Caristo, Paros, montes Himeto y Pentélico; las de serpentina en Tesalia; y las minas del Pangeo en Macedonia.

Esta debilidad en la organización agrícola intentó ser paliada por el poder imperial, que se tomó muy a pecho la regeneración económica de Grecia. Para atraer colonos que cultivaran las tierras abandonadas o improductivas Claudio y Adriano cedieron la propiedad a los colonos en tierras de Delfos. Otra cosa es que tales medidas solucionaran los problemas. Las pruebas del endeudamiento de los pequeños campesinos son muy evidentes y está constatado el recurso a convertirse en apareceros o asalariados en las tierras de los grandes. Esta debilidad agrícola quizás donde mejor se manifiesta es en la ausencia de producciones griegas en los mercados romanos, prueba de la baja producción y de su mediocridad. De hecho, tan sólo se menciona ocasionalmente la calidad de su aceite, de la miel, del vino y de la madera, esta última de Macedonia.

Las condiciones económicas de Anatolia eran mucho mejores. La diversidad climática y pedológica que presenta la zona era para la agricultura la garantía de una gran variedad de cultivos. La zona interior, fría y seca, especialmente Capadocia, se presta mejor a la ganadería y a la cerealicultura del trigo. Las zonas costeras, más templadas y mejor irrigadas, admiten mejor la implantación del olivo y la vid, asociados a cultivos hortícolas en las zonas más benignas y con posibilidades de irrigación. De hecho, muchas zonas de Asia Menor fueron famosas en el mundo antiguo por sus especialidades: vinos de las islas y zonas costeras del Egeo (Quíos, Lesbos, Cos, Rodas, Lidia, Caria, Jonia); frutos secos (higos, nueces y almendras), frutas (manzanas, peras, cerezas) del corazón de Anatolia; lino y cáñamo de las costas del Mar Negro y del sur; madera de los bosques de las zonas elevadas; caballos y ovejas de Capadocia, Cilicia y Galacia. Estamos, pues, ante un país rico, tanto por la variedad como por la abundancia de sus recursos.

Por otra parte, el régimen de explotación de la tierra estaba asimismo muy diversificado en Asia Menor. En las proximidades de las ciudades se daba un mayor reparto, con pequeña y mediana propiedad; en las zonas más alejadas predominaban los grandes dominios. Aunque muchas de estas tierras eran de la aristocracia indígena, la conquista permitió la adquisición de parte de estos dominios por propietarios romanos. Tampoco se debe pasar por alto los grandes predios territoriales de los santuarios, como los de Atenea Ilias en Ilión, Apolo de Dídima en Mileto o Artemisa en Éfeso, que además de poseer el control de canteras, pesquerías, pastos y salinas, actuaban de prestamistas. También se debe contabilizar la propiedad pública, que se extendía a las minas (granito,

ónice, minio, hierro, cobre, plomo, etc.) e incorporaba grandes dominios territoriales, unos directamente ligados al *patrimonium* del emperador –como herencia de los dominios reales- y otros como *ager publicus*. Todas estas tierras fueron creciendo hasta alcanzar en tiempos de los Severos grandes proporciones.

La gran variedad en las formas de tenencia tuvo su paralelismo también en una gran diversidad de los regímenes de explotación. Como era de esperar, hubo un fuerte desarrollo del esclavismo rural, pero quizás no fue tan masivo como pudiera pensarse. En este sentido llama la atención que en las explotaciones del corazón de Anatolia, donde predominaban las aldeas, los campesinos era libres, aunque tributarios de los grandes propietarios y dependiendo de intendentes. En otros casos estos aldeanos dependían de los dominios de los santuarios como campesinos adscritos (*hierodoulos*, *hieros*) o de los dominios imperiales, agrupados en aldeas tributarias pero libres. También conocemos ejemplos de aldeas dependientes de ciudades, a las que pagan una especie de tributo, quizás herencia de servidumbres colectivas ancestrales.

Las características de estos pechos campesinos son muy similares. Predominaba la entrega de una parte de la cosecha y las prestaciones personales (construcción de carreteras, alojamiento de soldados, etc.). Pero también había pequeños propietarios libres, que cultivaban sus tierras por cuenta propia o con la ayuda de unos pocos esclavos. Es posible que la situación de los campesinos se deteriorara con cierta frecuencia. El fenómeno del bandolerismo, muy extendido, quizás obedezca a este descontento. No se trataba sólo de bandidos más o menos aislados, sino de cuadrillas numerosas dedicadas a la rapiña. Los romanos tuvieron que enfrentarse en numerosas ocasiones a estas bandas de *latrones*, que también operaban como piratas en el mar. Cilicia, Licaonia, Pisidia y la costa del Ponto eran los lugares más peligrosos. La inseguridad, que descendió desde la ocupación romana, parece que se reactivó a partir de la segunda mitad del s. II, pues las ciudades adoptan entonces medidas para garantizar la seguridad en sus territorios (policías), mientras el estado despliega tropas en las encrucijadas de los caminos (*stationarii*).

El peso del mundo rural en Asia Menor era tan grande que las aldeas, pese a depender de las ciudades y formar parte de su *chora*, contaban con sus propios magistrados, reunían asambleas (*demos* o *koinón*), votaban decretos, realizaban obras, etc. Pero también ocurre, sobre todo en corazón de Anatolia, que las tribus que no contaban con ninguna ciudad previa a la ocupación romana, por influjo de ésta, acabaran por organizar un centro urbano que les dotaba de una entidad administrativa, aunque en la mayoría de los casos no pasaban de ser pequeños centros de pocos habitantes, pues la población seguía viviendo en las zonas rurales.

En la base de esta prosperidad está la potente actividad económica de las ciudades. No podía ser menos por cuanto que sus territorios (*chorai*) eran, según hemos visto, muy ricos. Pero también porque eran centros en los que se fabricaban y vendían importantes y variados productos. La orfebrería de Esmirna y Sardes, la joyería de Efeso, los herreros de Sigeión y Hierápolis, los bronceístas de Tiatira, los escultores de Afrodísias, eran producciones muy afamadas. En todas las ciudades destacaban los tejedores, tintoreros, mercaderes de lana y lino, bataneros, curtidores y zapateros, sederos, ebanistas y carpinteros, astilleros, que formaban poderosas asociaciones. Llama la atención, igualmente, las corporaciones de ceramistas, en cuyas manos estaban las producciones de terracotas de las principales ciudades de la costa jonia. Unas producciones que también imitan la cerámica romana, la *terra sigillata* llamada

“oriental”.

Las ferias también aportaban grandes beneficios a las ciudades. Tanto los puertos como las centros del interior, situados en las rutas de comunicación marítima y terrestre, obtenían pingües ingresos, bien en los intercambios de corta distancia entre ciudades próximas, bien en los internacionales. Para estos últimos Anatolia era punto básico de tráfico, tanto hacia Occidente, en especial hacia Roma, como hacia Oriente (Fenicia, Egipto, Siria o Persia). Estas exportaciones estaban en manos de poderosos armadores y comerciantes (*naukleroi*), aunque también llegaban gentes de todo el mundo, incluidos mongoles, tibetanos o chinos.

Paradójicamente, la decadente situación rural de Grecia y Macedonia contrasta con la recuperación de algunas de sus ciudades. Varios factores contribuyeron a ello. En primer lugar, y de forma destacada, el enorme prestigio que tenían entre los romanos centros como Atenas, Delfos o Esparta. Para los emperadores romanos estas ciudades gozaron de un favor muy especial, aunque el evergetismo imperial también se manifestó en otras más pequeñas (Argos, Mantinea, etc.). Algunas tenían tratados con Roma (*civitas foederatae*), como Atenas o Epidauro, otras eran libres o inmunes, como Nicópolis, Delfos, Egina, Platea, Esparta, etc., aunque la mayoría tenía que pagar impuestos (*stipendiariae*). Todas conservaron su propio régimen interior.

Acaia era una provincia altamente urbanizada desde muy antiguo. Roma, sin embargo, no permaneció indiferente a la hora de supervisar la evolución urbana. Los territorios de muchas ciudades fueron alterados por cuestiones políticas o económicas, a veces de forma muy radical. El caso más llamativo fue la fundación de la colonia de Corinto (*Colonia Laus Iulia Corinthus*) en el 44 a.C., que permanecía abandonada desde su destrucción el 146 a.C., y de Patrás (*Colonia Aroe Augusta Patrensis*) en el 15 a.C. Augusto también promocionó el territorio del norte griego, muy despoblado por las guerras, especialmente por el valor estratégico de su fachada jónica con Italia y por la existencia de la *via Egnatia*, que ponía en comunicación las costas adriáticas, a través de Tesalónica, con el Bósforo. Así se fundaron colonias en Butrotos (*Butrotum*), Bilis (*Bylis*) y Dirraquio (*Dyrrachium*), mientras Nicópolis, fundada en conmemoración de la victoria de Accio se creó como una *polis* griega tradicional.

De todas las ciudades griegas las más pujantes bajo los romanos fueron Corinto y Atenas. La primera, tras la destrucción del 146 a.C., había sido reedificada como colonia el 44 a.C. Se transformó además en la capital de la provincia y, muy pronto, en la ciudad más poblada de Grecia, signo de su prosperidad. Sus monumentos fueron edificados por los emperadores a partir de Augusto, y su doble puerto (Cencreas en el golfo Sarónico sobre el Egeo y Lescaion en el Jonio) le permitía unas magníficas posibilidades comerciales. La ciudad era mundialmente conocida por la calidad de sus objetos de bronce y por ser un activo punto de intercambio, beneficiado por su estratégica posición. No faltaba, para completar este cuadro, el prestigio de sus certámenes, las *Isthmia*, en el santuario de Poseidón.

La otra gran urbe fue, sin duda, Atenas (*Athenae*). La ciudad conservó bajo gobierno romano sus instituciones propias. Así, los pritanos, los arcontes (epónimo. *basileus*, *stratego*, gimnasiarcas, agonotetas) y, sobre todo, el consejo del Areópago, nombrado por el gobernador. Estas funciones eran costosas (liturgias). Junto a estas magistraturas individuales, el Consejo de los 500 (*Boulé*) y la casi inoperante Asamblea de

Ciudadanos (*Ekklesia*) completan el cuadro como órganos de representación colectiva de la ciudad. Atenas supo superar satisfactoriamente la decadencia del país y las consecuencias de la devastaciones que le produjeron el sitio de Sila el 86 a. C. Augusto realizó un importante programa de construcciones y reparaciones de santuarios; Claudio en la Acrópolis (escalera de los Propileos) y en el Ágora (templo a los emperadores); Adriano, que fue arconte de Atenas, en el 112 d.C., y durante su reinado hizo dos viajes a Oriente (123 y 125 y 128 y 132 d.C.), embelleció a Atenas, donde pasó largas temporadas, con un nuevo barrio residencial y numerosos monumentos (templos de Zeus Olímpicos, Zeus Panhelenios y de Hera, una biblioteca, etc.). Herodes Atico, uno de los filántropos (*evergetas*) más importantes del mundo romano, realizó a mediados del s. II d. C. un nuevo odeón y recubrió de mármol el estadio panatenaico. La recuperación fue duradera. Atenas emitió moneda, prueba de su capacidad financiera. El puerto (Pireo), una base militar romana, aún registraba una fuerte actividad comercial. Entraban diversos productos como trigo, papiros, cerámicas italianas y salían mármoles de Himeto y del Pentélico, miel, aceite y obras de arte, especialmente copias escultóricas y sarcófagos. Además, Atenas se transformó en una ciudad cultural. Los jóvenes extranjeros que acudían a estudiar allí eran muchos y junto a estudiantes adultos, frecuentaban las academias de filosofía. Tampoco debemos pasar por alto la atracción devocional que ejercía el célebre santuario místico de Eleusis, el de Esculapio en Epidauro, el de Apolo en Delfos, o el de Zeus en Olimpia.

En Esparta también conservó las instituciones tradicionales, aunque adaptadas a los nuevos tiempos. La realeza, desaparecida en tiempos helenísticos, estaba suplida por seis *patronomoi*. Luego había cinco éforos que junto a una *gerousía* de 23 miembros, cumplían la tarea de la *boulé* ateniense. Una estrecha minoría monopolizaba estas instituciones para controlar el poder.

En el norte, *Macedonia* presentaba una menor urbanización. Las ciudades se concentraban en la ruta hacia el Bósforo. Allí estaban las antiguas sedes reales de Beroya, Edesa o Pella, y las grandes fundaciones helenísticas de Tesalónica y Casandreia. Pero también aquí Roma intervino activamente. Octavio y Antonio crearon Filipos (*Colonia Iulia Philippensis*), donde habían vencido a los asesinos de César, mientras Casandreia y Dion (*Dium*) se transformaron en colonias con Augusto.

En Grecia y Macedonia Roma también permitió la existencia de agrupaciones de ciudades (*koinón*) para mejorar la administración de algunas regiones con poca densidad urbana o con tradiciones comunes (*ethnos*), sobre todo en Tesalia y Macedonia.

El trato generoso deparado por los emperadores hacia las ciudades griegas fue correspondido por éstas. Ambas actitudes reflejan en muchos documentos. Tenemos, por ejemplo, una carta en la que Calígula expresa su aprecio de la lealtad griega, mientras éstas reunidas en Argos votan una embajada para felicitar al emperador. Se conserva una inscripción con el texto del discurso que Nerón dirigió a los griegos congregados en el istmo de Corinto, proclamándolos libres y exentos de tributo, durante la visita que hizo a Grecia en 66-67 d.C., que aprovechó para participar en varios certámenes, entre ellos los Olímpicos. La ciudad de *Acrefia* (Beocia) correspondió erigiendo un altar a Nerón como Zeus Libertador. Vespasiano, sin embargo, revocó la inmunidad a Grecia.

En cuanto a las ciudades del Asia Menor el peso del mundo rural no menguó el del mundo urbano. Josefo y Filóstrato hablan de 500 ciudades. El origen de la mayoría era

prerromano. Las costas de Jonia tenían una alta urbanización desde muy antiguo, mientras otras se habían creado o desarrollado en época helenística. Por el contrario, el centro y este de Anatolia presentaban en tiempos de Augusto un nivel urbano deficiente, por lo que éste concentró en esa zona su máximo esfuerzo. Así creó colonias en Galacia, como Antioquía de Pisidia. Pero también se realizaron fundaciones con fines políticos, como la *colonia Augusta Troadensium*, cerca de Ilión, la antigua Troya, para enaltecer el pasado legendario de la *gens Iulia*. Algunos santuarios se transformaron en ciudades: *Pesinonte*, *Gordión*, *Comana*. Tiberio creó Tiberiópolis en Frigia y Tiberiópolis-Papa en Pisidia. Igual hizo Claudio, con algunas fundaciones, como Claudiópolis en Bitinia. Los Flavios, Trajano y Adriano realizaron algunas más. En la mayoría de los casos eran ciudades que albergaban comunidades previas. El asentamiento de colonias militares y la construcción de calzadas cohesionaron el territorio. Algunos problemas endémicos, como el de las tribus de los homanades de las montañas del Tauro, que con sus incursiones alteraban la tranquilidad de Anatolia, quedaban así controlados.

Las ciudades se dividían en tres categorías: las metropolitanas, las ciudades pertenecientes a los distritos judiciales (*diokeseis*) y las restantes. Las metrópolis eran espectaculares. En sus títulos honoríficos expresaban su grandiosidad: Éfeso se presentaba como la primera ciudad de Asia. Es indudable que al margen de estos aspectos, las ciudades de Asia Menor eran en tiempos romanos muy ricas. La decadencia del s. I a.C. parece que pasó bajo el gobierno imperial. Un buen indicio está en las acuñaciones monetarias o en las rápidas reconstrucciones tras los frecuentes seísmos que padeció la zona.

En todo ello también tuvo mucho que ver la ocupación romana, que concedió importantes exenciones temporales de impuestos -Esmirna o Afrodisias estaban exentas de algunos (*atelia*)- y favoreció las construcciones con donativos. Pero también por la iniciativa de muchos particulares ricos que acumularon donativos y mecenazgos (*evergesía*). El resultado son magníficas ciudades. Así Éfeso contaba con pórticos monumentales, un afamado templo de Artemisa y un magnífico puerto; Pérgamo con su altar helenístico completado con templos a Serapis, Démeter o Asclepio; igual ocurrió con otras grandes ciudades, como Sardes, Nicomedia, Aizanoi, Afrodisias, Laodicea del Licos, Mileto, etc. Todas, incluidas las menores, experimentaron esta fiebre constructiva.

La estructura social

En su conjunto, la zona presentaba, un fuerte contraste. Grecia y, en menor medida, Macedonia, conservaban su ancestral organización urbana y, con ella, una estructura social basada en el modelo económico que la sustentaba: aristocracias (*aristoi*), plebe (*demos*) y esclavos (*doulos*). Pero la decadencia económica había restado vigor a sus gentes, aunque las convulsiones sociales características del período anterior a la conquista romana habían pasado. Las ciudades, por otra parte, continuaban disfrutando de su régimen interno tradicional. El gobierno quedó en manos de los notables, que formaban una oligarquía. Hasta mediados del s. III d.C. las aristocracias vivieron dos siglos volcadas en la vida interna de sus ciudades y en su integración en los cuadros de la sociedad romana más elevada. El ejemplo más destacado es el del millonario orador ateniense Herodes Atico, cónsul el 143 d.C. El resto de la población vivió dependiendo de estos notables, con pocas posibilidades de expansión o promoción dada la lánguida situación económica del país. Los indicios de tensión social se revelan en las noticias

que tenemos de tumultos, como los provocados por el precio del pan en Atenas bajo Adriano, en las huelgas esporádicas y en la existencia de bandidaje.

Asia Menor presentaba frente a Grecia un gran abigarramiento étnico. De una parte, los griegos o helenizados que habitaban en las ciudades desde tiempo atrás; de otro los indígenas, con sus lenguas y culturas propias (lidios, carios, misios, frigios, gálatas, etc.) o los iranos, herencia de la dominación aqueménida. A ellos hay que sumar la presencia de otros grupos alógenos que llegan sobre todo con la conquista, aunque ya contaban con antecedentes. Así, los romanos e itálicos que se instalan en las colonias que se irán fundando o en los núcleos urbanos del país, donde formarán minorías activas junto a la población local preexistente. Pero también destacan los judíos, muy numerosos en las ciudades del oeste de Anatolia.

Esta variedad explica el vigor de sus aristocracias y sus grupos intermedios, lanzados a un esfuerzo de expansión económica. Las ciudades de Asia Menor ofrecían a estos últimos y a las gentes adineradas del Imperio ciudades y lugares plagados de atractivos estéticos y culturales. Aristocracias que ahora accedían a los puestos más elevados desde Vespasiano irrumpieron procedentes de las colonias romanas o de ciudades griegas en que había asentamientos itálicos. Entre ellos también había descendientes de reyes y dinastías, como Julio Severo, de Ancyra, que entró en el Senado bajo Adriano, descendiente de Átalo de Pérgamo y de tres dinastías gálatas, y pariente de antiguos cónsules. La mayor parte procedía de la burguesía terrateniente de las ciudades, cuyas familias hacían compatibles los cargos ciudadanos y de las *koina* provinciales con los del orden ecuestre o senatorial. Quizá el personaje más sobresaliente sea el historiador Dión Casio, que estuvo en el Senado desde el 189 d.C. aproximadamente, hasta su segundo consulado en 229 d.C., siendo *consul ordinarius* con Alejandro Severo y gobernador de África, Dalmacia y la Panonia Superior. O también el orador Dión Cocceyano, mejor conocido como Dión Crisóstomo (“el de la boca de oro”), de Prusa (Bitinia).

Así pues, dentro del marco del Imperio Romano, se conservó una civilización casi puramente griega desde la época helenística hasta la era bizantina, con un nuevo florecimiento durante el siglo II. Sus centros eran Atenas y las grandes ciudades del Asia Menor occidental: Efeso, Pérgamo, Mileto y Esmirna. La dirigían las ricas familias terratenientes que, apoyadas por Roma, eran las clases rectoras de las ciudades, haciendo el papel de benefactoras públicas, pagando repartos de comida, edificios públicos, competiciones musicales y atléticas, así como los espectáculos de gladiadores y de caza de fieras, que eran uno de los escasos elementos que habían adoptado de la cultura romana. Enviaban a sus hijos a escuchar a los profesores y filósofos (sofistas) de moda y así estar mejor preparados para entrar en el orden ecuestre o senatorial. Los sofistas fueron el producto más característico de la civilización griega de la época. Destacan los nombres de Dión de Prusa, Luciano, Plutarco, en el mundo de la cultura, y Galeno en la medicina.

La religión

La plena integración entre los cultos griegos y los romanos era un hecho desde época temprana. Por consiguiente, las creencias griegas tradicionales se mantuvieron como en época precedente, si bien Roma prestó una especial atención a los grandes santuarios, como Mileto (Didimeión), Éfeso (Artemisión), o Pérgamo (Asclepión) que conservaron

su magnificencia, incluso con añadidos de los propios emperadores, como los de Trajano en esta última ciudad. Adriano terminó el Olimpeión y construyó un Panhelenión en Atenas. Por otra parte, los tradicionales juegos (*agones*) continuaron celebrándose con todo su esplendor en Grecia: *Pythia*, en Delfos; *Olympia* en Elide; *Isthmia* en Corinto; *Nemea* en la Argólide. En el 132 d.C. Adriano creó el *Panhellenion*, con sede en el templo de Zeus y Hera de Atenas, y que tenía la ambición de agrupar culturalmente en un consejo a todos los griegos.

Pero también se registra una expansión de prácticas menos convencionales. Desde tiempos republicanos se practicaban las bacanales, cultos dionisiacos, que incluso llegaron a ser prohibidas en Roma. También mantuvieron su vigor los misterios eleusinos (Eleusis) en honor de Démeter. Por otro lado, los grandes centros oraculares griegos recibieron un trato privilegiado bajo la dominación romana. Principalmente Delfos, que desde el 189 a.C. instituyó unas fiestas, las *Romaia*, en su honor. Los saqueos que padeció en tiempos de Sila provocaron su decadencia (Estrabón y Plutarco nos indican que estaba mal conservado), por lo que en época de Adriano, nombrado sacerdote del mismo, fue restaurado. El santuario de Zeus en Dódona (Epidauro), postergado en tiempos de la conquista romana por su apoyo a Perseo, fue restaurado por este mismo emperador, al igual que el oráculo de Apolo en las proximidades de Mileto (*Dydimeion*). Muchos más dedicados a este dios recibieron el apoyo imperial, como los de Claros (cerca de Colofón) y Argos (*Deidaiotes*). Ni que decir tiene que el culto imperial fue desde Augusto uno de los elementos de fidelidad al estado romano. Desde el 29 a.C. los griegos de Asia, formando un *koinon*, tomaron la decisión de rendir culto al vencedor de Accio. El templo debió situarse en Pérgamo.

Mayor novedad tuvieron las aportaciones procedentes del corazón del Asia Menor. De hecho, el primer culto oriental que adaptaron los romanos fue el de la gran diosa frigia, adorada sobre el monte Ida en Pesinunte (Galacia), que en Oriente tomó el nombre de *Magna Mater deum Idea*, mejor conocida como *Cibeles*. Fue llevada a Roma en el 204 a.C., cedida por el rey de Pérgamo a instancias de los libros sibilinos, e instalada en el Palatino. Se trataba de un aerolito negro que pasaba por ser la morada de la diosa. En su honor se celebraban unos juegos, los *ludi Megalenses*. Junto a ella se adoraba también a su pareja Attis, el dios de la vegetación, cuya muerte significaba la vida. Otros cultos de Asia Menor tuvieron también gran expansión. Así la diosa del Tauro, Ma, que se asimiló a *Bellona* itálica -ahora *Ma Bellona*- o, de forma muy destacada, el de Zeus Sabazio, de origen traco-frigio.

Pero también en época romana aparecieron cultos nuevos. Así, en el s. II d. C., un tal Alejandro fundó un nueva advocación en la localidad de *Abonuteichos* (costa del Ponto, cerca de Sinope). Realizaba profecías con ayuda de una serpiente sagrada (*Glykon*) y a él acudían gentes de Tracia y de toda el Asia Menor, para recibir las respuestas que daba a las consultas escritas sobre búsqueda de esclavos huídos, paradero de ladrones y bandidos. Llegó a tener tanta reputación que incluso fue consultado por las autoridades romanas sobre la guerra en Armenia o la lucha contra los marcomanos. Sabemos que dirigió a todas las naciones un oráculo relativo a la peste del 166 d.C.

Finalmente, no podemos pasar por alto el cristianismo. Su expansión en Asia Menor y en Grecia fue, como en Judea, muy temprana. Pablo, su difusor, era además natural de Tarso. Las comunidades judías fueron la base de esa difusión, aunque después fue extendiéndose a la población pagana. La correspondencia entre Plinio, gobernador de Bitinia, y Trajano evidencia la preocupación romana por la expansión del cristianismo

por toda esta zona. El mismo Alejandro de *Abonuteichos* afirmaba que el Ponto estaba lleno de ateos y de cristianos. Por consiguiente, no debe extrañar que las persecuciones del s. III fueron muy importantes en toda esta zona.